

La ópera invisible

Víctor Pliego

CUANDO el telón se sube y empieza una ópera, han pasado meses o incluso años de trabajo preparatorio. Los artistas que salen al escenario y recogen los aplausos son tan solo una pequeña parte del gran equipo que lleva la función a término. Los técnicos y profesionales que igualmente han colaborado en la preparación del espectáculo no saludan, aunque compartan la emoción del estreno, sufriendo o disfrutando del éxito tanto o más que los intérpretes. Hay muchos detalles importantes del espectáculo que solo ellos conocen. Su misión consiste precisamente en conseguir que su aportación sea invisible y que lo más prodigioso parezca natural a los ojos del público, ya sea una peluca, una estatua, una luz o una sombra. Solo deben sorprender las excentricidades del director de escena de turno. El Teatro Real vive ahora la décima temporada de su etapa moderna, tras el cierre de 1925 y su posterior conversión en sala de conciertos. En este período se ha convertido en uno de los mejores teatros del mundo.

Las celebraciones del aniversario comenzaron el año pasado con una magnífica y apretada exposición que mostró algunos de los materiales correspondientes a doce de sus más ambiciosas producciones. Fue un acto de reconocimiento al extraordinario equipo que las ha realizado, materializando los sueños de los creadores. La ópera es un maravilloso espectáculo que reúne sobre el escenario a la música, la literatura, la pintura, la danza, la escultura y el teatro. Además es una empresa en la que participan expertos en oficios antiguos y modernos, comunes o singulares, tales como electricistas, maquinistas, regidores, peluqueros, teloneros, sastres, utileros, carpinteros, informáticos, pintores, maquilladores, delineantes, administradores, productores, personal auxiliar y tantos otros.